



La civilización griega

Los orígenes de nuestra cultura

Arturo Pérez Almoguera

ANAYA

**BIBLIOTECA BÁSICA
HISTORIA**



1. GRECIA Y LO GRIEGO. EL PRECEDENTE MINOICO

Sin saberlo, cualquier ciudadano de cualquier parte de Occidente está continuamente utilizando cientos de palabras griegas en el ámbito profesional, médico, lúdico o incluso en su vida cotidiana, que no son sino una muestra de nuestra deuda con ese pueblo. El de los antiguos griegos es un mundo muy cercano al nuestro, pero no hay que sobrevalorar su pretendida «modernidad», pues son también muchas las cosas que nos separan.

El príncipe de los lirios,
relieve pintado
procedente del palacio
de Cnosos, hacia
1450-1400 a. C.
Museo Arqueológico
de Heraklion
(Creta, Grecia).

1. Los antiguos griegos y nosotros

¿Qué hay en el mundo griego de la Antigüedad que, no bien nos introducimos en él, se nos antoja tan familiar? ¿Qué hace que sintamos esa especie de complicidad con sus artífices a pesar del considerable espacio temporal que nos separa? ¿Por qué, en general, hallamos sus obras literarias, filosóficas o artísticas más frescas y actuales que otras producidas hace tan solo un siglo, que ya nos parecen obsoletas?

Sin duda, la primera respuesta sería que nos legaron una cantidad importante —y no precisamente la menos relevante— de los elementos que hoy conforman la cultura europea y el mundo occidental, si bien fueron transmitidos en gran parte del continente por los romanos, y llevados con posterioridad por el colonialismo de época moderna al otro lado del Atlántico.



La poetisa Safo
(siglos VII-VI a. C.).
Museo Arqueológico de
Estambul (Turquía).

Safo fue una poetisa griega nacida en el año 600 a. C. en la isla de Lesbos, cercana a la costa de Asia Menor. Perteneció a una sociedad llamada Thiasos, en la que se preparaba a las jóvenes para el matrimonio. Más adelante formó la llamada «Casa de las servidoras de las Musas», donde rendía culto a la diosa Afrodita y enseñaba a sus discípulas a recitar poesía, a confeccionar coronas de flores, etc. A partir de sus poemas, se suele deducir que Safo se enamoraba de sus discípulas. Su obra más importante es la «Oda a Afrodita».

El milagro griego de la Antigüedad

La filosofía, el pensamiento político y sus manifestaciones —comenzando por la democracia—, los géneros literarios o el arte en general de nuestros días muestran sus innegables raíces en el mundo griego y hacen que nos consideremos sus herederos.

Ciertamente, hoy está ya superada la visión idealizada que transmitían los románticos del siglo XIX, solidarios con una Grecia que pretendía independizarse del imperio otomano. Esa imagen, muy en consonancia con la mentalidad del momento, obviaba aquellos aspectos que pudieran parecer negativos, de forma que los griegos aparecían ante nuestros ojos como seres muy poco humanos, dotados únicamente de virtudes.

En efecto, se omitían aspectos como la homosexualidad, tanto femenina (representada por Safo de Lesbos) como masculina (como parte de la *paideia* o educación de los muchachos en una etapa previa a la edad adulta), o incluso militar (representada por el batallón sagrado tebano compuesto por 150 soldados amantes), que felizmente hoy tendemos a considerar únicamente desde una óptica antropológica, desprovista de cualquier prejuicio de tipo moral.

Sin embargo, desde nuestra perspectiva actual también asumimos que el pueblo griego tuvo grandes defectos: las traiciones, los engaños e, incluso, según la obra clásica de Dodds *Los griegos y lo irracional*, elementos tan irracionales como los sacrificios humanos, que, aunque de manera excepcional, podrían haberse practicado aún en plena etapa clásica, considerada la más rica intelectualmente y paradigma de la «racionalidad» griega.

En definitiva, lo que a veces se ha denominado «milagro griego de la Antigüedad» fue realizado por personas con muchas virtudes, pero también con muchos defectos; por humanos, en suma. Y ahí radica su grandeza: aportaron tanto al acervo político y cultural de la humanidad que los defectos parecen haber quedado en un segundo plano.

2. Un vasto mundo

Los antiguos griegos vivieron en un espacio geográfico mucho más amplio que el que constituye en la actualidad el Estado de Grecia. Y aunque es cierto que muchos de los episodios que protagonizaron tuvieron como escenario la actual Grecia continental y sus numerosas islas del Jónico y del Egeo, parece que ya en la Edad del Bronce un buen número de griegos se habían asentado en las costas de lo que hoy es Turquía, donde permanecerían hasta la revolución nacionalista de Kemal Atatürk, en el siglo XX. De hecho, productos genuinamente helenos de la Época Arcaica —como el nacimiento de la filosofía y el llamado arte orientalizante— tendrían allí su cuna.

Antigua es también su presencia en Chipre, así como en algunos enclaves de la costa siria. Más tarde, en la mencionada Época Arcaica, se poblará de ciudades helenas el Mediterráneo central y poco después el mar Negro, algunas partes de África y el extremo occidental.

El núcleo de la antigua civilización griega se desarrolló en los territorios del sur de la península Balcánica, de diversas islas de los mares Egeo y Jónico, y de la costa occidental de Asia Menor.





Como se ha dicho en bastantes ocasiones, sería más correcto hablar, para evitar equívocos, de «griegos de la Antigüedad» y no de «Grecia en la Antigüedad», por cuanto ellos no consideraban menos griego a un ciudadano de Éfeso (en Asia Menor), de Naucratis (en la desembocadura del Nilo) o de Massalia (en la del Ródano), que a uno de Atenas, Corinto o Esparta.

Sería incluso más correcto el término *helenos*, pues para ellos su país era la Hélade (*Hellas* es el nombre que ostenta el actual estado), y aún antes, en la Edad del Bronce, fueron conocidos como *aqueos*.

En realidad, tanto el topónimo *Grecia* como su gentilicio, *griegos*, son palabras latinas para referirse a ellos, y así han pasado a nuestras lenguas actuales.

El capitán de los negros, *fresco del palacio de Cnosos (hacia 1600-1400 a. C.)*; se representa a soldados mercenarios africanos de Nubia liderados por un oficial minoico. Museo Arqueológico de Heraklion, en Creta (Grecia).

3. Una larga historia

Los *helenos* parecen ya establecidos a inicios del segundo milenio en gran parte de la Grecia continental (no hubo un desplazamiento significativo de gente hacia esa zona después de esa fecha), y se trata, como sabemos por su lengua, de un pueblo indoeuropeo.

En torno al año 1600, y ya con escritura, se sitúa la aparición de la que conocemos como Época Micénica (por Micenas, su principal yacimiento y el primero conocido), que durará hasta aproximadamente 1150.

Desde mediados del siglo pasado, tenemos la certeza de que su lengua era en efecto el griego, por lo que no es cierto que los dorios —quienes según la tradición se habrían establecido entre 1200 y 1100— fueran los primeros helenos históricos, como habíamos pensado durante siglos y como también lo habían creído los griegos de la Antigüedad. Hace, pues, pocas décadas que hemos alargado en varios siglos la historia de este pueblo.

Las etapas históricas

Alrededor del año 1150 se inicia la denominada Edad Oscura, que se verá sustituida en torno al 800 por la Época Arcaica. A partir del año 500, hablamos ya de Época Clásica y, finalmente, desde el 350, de Época Helenística.

Son divisiones quizás discutibles, pero que han tomado carta de naturaleza suficiente como para que, por comodidad, las utilicemos al intentar un acercamiento a una historia tan dilatada en el tiempo.

Con todo, hemos de tener en cuenta que existe un precedente —el de Creta y algún otro lugar del Egeo— en torno al año 2000, y que la última etapa, la Helenística, tiene un momento final desde el punto de vista político (la caída de Grecia en 146 y la del Egipto de los Ptolomeos en el año 35, cuando se convirtió en provincia romana), pero no cultural, por cuanto continuará desarrollándose en el imperio romano e incluso ampliándose geográficamente.

Cuando este último se fragmenta, el imperio de Oriente sigue siendo básicamente griego, y griega será también la lengua del que conocemos como Imperio Bizantino, que perdurará hasta el siglo XV d. C.

No está de más recordar que los patriotas griegos que en el siglo XIX de nuestra era luchaban por la independencia de su país tenían en sus mentes ese mundo bizantino, y no el de su gloriosa Antigüedad, como sus contemporáneos occidentales. Atenas podía ser su capital provisional, pero la definitiva, habría de ser Constantinopla.

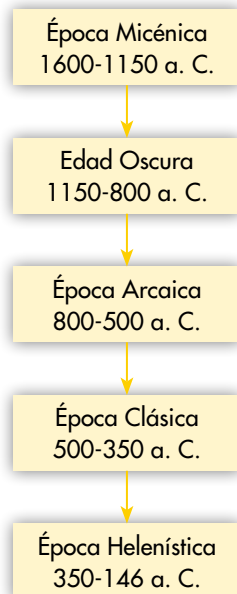


Figura femenina de un ídolo cicládico con los brazos cruzados (h. 2700-2600), caracterizada por la gruesa cabeza y líneas curvas. Museo Metropolitano (Nueva York).

Las fuentes

Aunque se haya perdido gran parte, conservamos una rica literatura griega desde la Época Arcaica hasta la Helenística, lo que constituye un caso sin parangón entre los pueblos de la Antigüedad. Quiere ello decir que contamos con información de primera mano para reconstruir la evolución histórica del pueblo griego, incluso tratándose de obras no estrictamente históricas: los ideales que nos transmiten los líricos arcaicos, la visión de la dura vida campesina del siglo VIII en la obra de Hesíodo o la vida cotidiana ateniense de los siglos V-IV mostrada satíricamente por Aristófanes, son solo algunos de los muchos ejemplos posibles.



El Disco de Festos muestra una escritura considerada por algunos estudiosos como minoica.

Pero es que además entre los griegos nació la Historia como ciencia. Concretamente con Heródoto de Halicarnaso (h. 484-425), que buceó en el pasado de griegos y persas para explicar el porqué de su enfrentamiento en las Guerras Médicas. Tomaría el relevo, pocos años después (460-396), Tucídides de Atenas, que historió la gran guerra civil helena, la guerra del Peloponeso, mostrando extraordinarios avances historiográficos y con unos criterios más cercanos a nosotros en cuanto a método y crítica. Los historiadores que le siguieron no alcanzaron su categoría, salvo Polibio de Megalópolis (h. 200-118), pero este ya, aunque en lengua griega, historió el devenir de Roma.

Sin embargo, la Historia no solo no fue una ciencia valorada, sino que incluso fue despreciada por intelectuales como el propio Aristóteles, por cuanto ofrecía, únicamente, «verdades particulares» y no «generales», que eran las que se consideraban importantes. Estas últimas las proporcionaban los mitos, que eran atemporales, pero servían para extraer enseñanzas de un pasado antiguo cuya precisa situación cronológica carecía de importancia.

Con los mitos aprendían las normas de conducta, el control de los impulsos y las emociones, el *justo medio* tan querido por ellos y, en general, cualquier aspecto de la vida, para lo que la Historia, en cambio, ofrecía pocas aportaciones aprovechables. Las leyendas de un Prometeo, las aventuras de un Heracles o el ciclo de la guerra de Troya eran, pues, preferidas a cualquier narración histórica.



Ánfora de figuras negras, decorada con Heracles luchando con la Hidra. Museo del Louvre (París).

Incluso los historiadores que nosotros consideramos ortodoxos tuvieron que recurrir al mito cuando llegaban a las etapas más antiguas, en las que no había otra documentación para explicar los orígenes y primeros tiempos de su civilización.



Áyax llevando el cuerpo de Aquiles, detalle del Vaso François, datado hacia el 570 a. C. Museo Arqueológico de Florencia.

Naturalmente, la arqueología también ha tenido un importante peso en nuestros conocimientos, sobre todo para determinadas etapas. De hecho, si de las dos grandes civilizaciones del llamado *mundo clásico* —Grecia y Roma— la segunda era mucho más conocida hasta hace siglo y medio, fue debido tanto a que el latín había perdurado como lengua culta y de la Iglesia en Europa occidental como a que sus restos arqueológicos estuvieron siempre a la vista.



Vasijas de cerámica de Camarés. Museo Arqueológico de Heraklion (Creta).

Grecia y la parte oriental de lo que fue el mundo griego estuvieron cerradas a la investigación al formar parte del imperio otomano. Así se explica, por ejemplo, que se consideraran etruscos los extraordinarios vasos atenienses de figuras negras y figuras rojas, por cuanto fue en las tumbas señoriales de este pueblo donde, como ajuar funerario, se documentaron por primera vez. Pero una vez liberado el actual estado heleno, comenzaron las excavaciones de los más señalados yacimientos, que mostraron sorprendentes muestras de una hasta entonces desconocida escultura arcaica.

Sin embargo, los mayores descubrimientos de la arqueología tuvieron lugar en el último cuarto del siglo XIX, cuando se añadió un nuevo capítulo de la historia más antigua, el micénico, y especialmente en 1900, cuando se descubrió en Creta el primer palacio minoico. Posteriormente no hemos asistido a ningún otro hallazgo de semejante envergadura, pero sí a interesantes novedades y descubrimientos en los que se sigue trabajando en nuestros días; entre ellos, cabe destacar, como ya dijimos en el Prólogo, lo referente a la historia de Troya.



*Ruinas de la ciudad
minoica de Gournia
(Creta).*

4. La importancia de la polis

Desde la Época Arcaica, el mundo griego estuvo compuesto por cientos de entidades políticas independientes, las *poleis* (plural de *polis*), entidades que constituían su ideal frente a estados territorialmente más amplios que consideraban propios de *barbaroi* (bárbaros o extranjeros), ante quienes mostraron siempre un cierto distanciamiento, cuando no desprecio.

En la polis, con un reducido número de ciudadanos, encontraron el marco idóneo para desarrollar sus capacidades. Cuando Aristóteles afirma que «el hombre es un animal político», se refiere al hombre como ciudadano de la polis, su escenario más conveniente.

Tradicionalmente, solemos traducir *polis* como ‘ciudad-estado’, lo cual, sin ser falso, sí resulta incompleto, pues no recoge los elementos ideológicos que acompañan a esta elección organizativa. En efecto, se trataba de microestados con un núcleo urbano de importancia y otros menores, cuyos ciudadanos vivían de los recursos agrícolas, ganaderos y forestales proporcionados por las granjas y alquerías.

Es decir, las *poleis* basaban su economía en la idea de la *autarkeia* (autarquía), pero este sistema difícilmente podía sostenerse, dada la escasa riqueza agrícola de la mayor parte del Mediterráneo y la pobre presencia de metales.

Por eso, ya desde los primeros tiempos de su historia, se desarrolló un activo comercio marítimo. Más tarde, ante la dificultad para alimentar a una población amplia, comenzaron las colonizaciones, y fueron surgiendo nuevas *poleis* independientes.

Así las cosas, no tiene mucho sentido achacar —como lo hicieron en el siglo XIX— a los antiguos griegos su incapacidad para formar un estado unificado, pues era algo que, simplemente, iba contra sus ideales. Por otra parte, hemos de tener presente que la fragmentación política es consustancial a la mayor parte de los pueblos mediterráneos de la Antigüedad, por lo que el caso heleno no constituía ninguna excepción.

5. Localismo y panhelenismo

A pesar de los particularismos de estas *sociedades poliadidas* —entre las cuales las rivalidades y guerras llegaron en ocasiones a ser endémicas— y de sus señaladas diferencias dialectales, los helenos tenían claro que pertenecían a un tronco común y que compartían una misma religión. Para ellos, la *Hélade* era algo así como cuando en la Edad Media nos referimos a la cristiandad, con su diversificado mapa político, o en nuestros días al mundo islámico, no menos fragmentado.

Su conciencia de *pueblo* superaba los localismos y se concretaba en la existencia de determinados santuarios panhelénicos —es decir, al margen de cualquier polis, por cuanto eran patrimonio de todas—, en los que, sobre todo con los festivales que en ellos tenían lugar, se reforzaba la idea de pertenencia a un mundo común. Aparte del papel que desempeñaron importantes santuarios que podríamos considerar regionales, se puede testimoniar la extraordinaria relevancia que tuvieron, a lo largo de toda la historia antigua griega, santuarios como el de Delfos, con el más famoso de los oráculos; Dodona, según Heródoto aún más antiguo; Samotracia, con su santuario de los grandes dioses; Cumas, en Italia, con su célebre sibila, u Olimpia y Nemea con sus competiciones.

Gruta de la Sibila, en Cumas (costa de Italia). Cuenta la leyenda que, siendo esta una sibila de gran importancia en el mundo griego, Apolo se dignó a concederle un deseo. Cogió entonces ella un puñado de arena y pidió vivir tantos años como granos hubiera entre sus manos. Vivió, según la tradición, nueve vidas humanas de 110 años.



Los dioses del Olimpo

En la mitología griega, los principales dioses moraban en la cima del monte Olimpo, el más alto de Grecia. Hubo, en diferentes épocas, catorce dioses reconocidos como olímpicos, aunque nunca más de doce a la vez. De ahí que sean conocidos como «los doce olímpicos».

Los dioses olímpicos ganaron su supremacía entre los demás dioses tras la derrota de los titanes a manos de Zeus y sus hermanos: Poseidón, Deméter, Hestia, Hades y Hera. Esta última era también la esposa de Zeus; el resto son normalmente considerados hijos de Zeus.



Poseidón, dios del mar, las aguas y los océanos. Se representa con el tridente.



Deméter, diosa de la tierra y la agricultura. Se representa con antorcha y haz de espigas.



Hestia, diosa de la familia y protectora del fuego sagrado del hogar.



Atenea, diosa de la sabiduría, de la justicia y de la guerra. Atributos: lanza y escudo.



Artemisa, diosa de la caza y los animales. Atributos: arco y media luna en el cabello.



Ares, dios de la guerra. Se representa con escudo y casco.

*Zeus, dios
supremo de los
dioses, regidor del
Olimpo.
Atributos: el rayo,
el águila
y el cetro.*



*Hera, diosa del
matrimonio
y de la maternidad.
Atributos: el cuervo,
el pavo real
y la granada.*



*Hades, dios del inframundo.
Se representa con bastón
rematado en cabeza de águila.*



*Hefesto, dios del fuego
y los metales. Se representa con
la fragua y el martillo.*



*Apolo, dios de la música
y de la poesía. Encarna
la belleza masculina.*



*Afrodita, diosa del amor y
de la atracción sexual.
Encarna la belleza femenina.*



*Dioniso, dios del vino
y de la sexualidad.*



*Hermes, dios mensajero.
Se representa con manto y
sandalias o talones alados.*



Según la leyenda, Minos era hijo de Zeus y de la princesa fenicia Europa, a la que había raptado transformado en toro.

Salto del toro, palacio de Cnosos (Creta). Fresco característico del arte minoico (h. 1500 a. C.).

6. El antecedente minoico

La más antigua civilización europea tuvo por escenario la isla de Creta, donde, a partir del año 2000 a. C., se construyeron extensos palacios. Tras unos movimientos orogénicos en torno al 1700, los palacios serían sustituidos por otros aún más vastos y espléndidos, decorados con coloristas frescos en los que ya se utilizaba la escritura. Aparece también entonces su característica cerámica decorada, llamada de Camarés.

Conocemos este mundo como *civilización minoica*, nombre dado a partir de las excavaciones de Arthur Evans en 1900 en Cnosos, el más grande de los palacios, construido en homenaje al rey Minos, quien, según la leyenda, fue artífice de una gran talasocracia.

En realidad, no está claro que los minoicos ejercieran tal talasocracia, pero probablemente sí tuvieron una cierta tutela sobre islas cercanas y, desde luego, relaciones comerciales intensas y lejanas. Prueba de ello son los restos de cerámica minoica hallados en Sicilia, Lípári y muy diversos lugares de Grecia, Chipre y Oriente Próximo. También los frescos que representan algo «tan minoico» como el salto sobre el toro (animal muy presente en esta cultura), descubiertos en Siria (Alalak) y Egipto (Tell-el-Daba).



Aunque de menor magnitud, se fueron descubriendo nuevos palacios, como los de Festos, Canea, Mallia, Hagia Triada o Zakro, entre otros.

Esto parece confirmar, por una parte, la fragmentación política de la que hablábamos, pues corresponden a regiones naturales; y, por otra, la existencia de una institución monárquica que gobernaría sobre sociedades complejas. Todos ellos cuentan con zonas residenciales, zonas oficiales, religiosas y de almacenamiento dispuestas alrededor de un gran patio. La ausencia de murallas, así como el hecho de estar integrados en ciudades con calles que incluso tenían acueductos, sistema de evacuación de aguas y caminos pavimentados, nos hacen pensar en una sociedad pacífica y sin miedo a invasiones externas, en la que las mujeres gozarían de un protagonismo que no tendrían en etapas posteriores.

Conocían la escritura jeroglífica (como elemento de contabilidad) desde aproximadamente 1900 y la llamada Lineal A desde 1625; ambas corresponderían a una lengua no descifrada, que desde luego no es griega. Sí lo es, en cambio, la posterior Lineal B, que solo se encontrará en Cnosos en la etapa micénica.



Ruinas del palacio de Cnosos, testimonio del esplendor de una civilización perdida.

El declive de la cultura minoica

El colapso de la civilización minoica suele relacionarse con la erupción volcánica que tuvo lugar en la vecina isla de Tera (hoy Santorini). Allí se ha hallado una ciudad conservada casi intacta, Akrotiri, como una Pompeya de la Edad de Bronce. El tremendo cataclismo debió de hundir gran parte de la isla y provocar un terrible maremoto. Esto parece haber sucedido entre 1650 y 1550; existen documentos sobre los efectos devastadores de este fenómeno en lugares tan alejados como Groenlandia o los pantanos irlandeses, lo que da idea de su magnitud.

Quizás en ese momento comenzara el declive: se formaría una nube piroclástica, y el dióxido de carbono liberado se asentaría en el suelo; esto, junto con el consecuente cambio climático, repercutiría en las cosechas durante mucho tiempo y provocaría hambrunas y las consiguientes revueltas sociales. Así, cuando hacia 1450 llegan los conquistadores micénicos, los palacios estarían, con excepción del de Cnosos, destruidos.

El pescador, fresco procedente de Akrotiri, en la isla de Tera.



Mito e historia: Creta

Se ha señalado en más de una ocasión el poco aprecio de los griegos por la Historia como ciencia, lo contrario que sentían por los mitos. Sin embargo, estos pueden contener también datos históricos, más o menos deformados, pues su realidad temporal no era lo importante ni era su fin describirla. Ello es patente en el caso de Creta, donde la tradición situaba el azaroso nacimiento y primeros años de Zeus, el padre de los dioses.

A grandes rasgos, la leyenda cuenta cómo, una vez asumido su papel de principal dios del Olimpo, Zeus raptó a la princesa fenicia Europa y, tomando la forma de toro, la trasladó a Creta por el mar. Tuvo tres hijos con ella, uno de los cuales, Minos, sería rey, daría leyes a su pueblo y crearía una talasocracia o dominio del mar.

El dios Poseidón, ofendido por Minos, hizo que Pasifae, la esposa del rey, sintiese una pasión *contra natura* por un toro.

Dédalo —arquitecto y artesano— construyó una vaca de madera hueca en la que se escondió Pasifae y consumó su amor con el toro. De la unión surgió el Minotauro, mitad humano mitad astado, que fue encerrado en un laberinto también construido por Dédalo. El monstruo fue muerto en el laberinto a manos de Teseo, héroe nacional ateniense, ayudado por Ariadna, hija de Minos. Tras la huida de ambos, y la posterior de Dédalo —que se refugió en Sicilia—, Minos siguió la pista a este último hasta llegar a la isla, donde murió asesinado por las hijas del rey local Cócalo mientras se bañaba.



Relieve del palacio de Cnosos en el que se puede ver al toro característico de la cultura minoica (h. 1350 a. C.).



Salón del trono en el palacio de Cnosos (Creta), donde se puede ver el trono de alabastro de Minos, rey y sacerdote supremo.

Varios son los elementos que podemos relacionar con la cultura que llamamos minoica.

En primer lugar, el omnipresente toro, representado en este mundo tanto en frescos (con el conocido salto sobre este por jóvenes), como en cabezas de toro hechas con materiales preciosos, o en los llamados «cuernos de consagración» y los estilizados que se colocaban como remate en los tejados, entre otros.

El laberinto famoso puede hacer referencia al *labrys* o doble hacha, símbolo quizás de la autoridad real en Creta, también omnipresente en representaciones e incluso en piezas de oro halladas en varias cuevas, que evidentemente tenían carácter de santuario. Por otro lado, la extraordinaria complejidad del palacio de Cnosos, un rectángulo

de 150 por 100 metros con centenares de estancias, sugiere asimismo la relación con un laberinto.

En cuanto a la legendaria talasocracia, quizás no fuera cierta, pero sí es verdad que las naves cretenses se desplegaron por todo el Egeo y, en efecto, según muestra la cerámica, llegaron hasta Sicilia en el Mediterráneo central, lugar donde la tradición cuenta que murió Minos.

Naturalmente, tratándose de mitos, no todo cuadra. Así, por ejemplo, se dice que Minos reinó dos generaciones antes de la guerra de Troya, pero teniendo en cuenta que esta ocurrió en el siglo XII, el hipotético reinado minoico hubo de tener lugar muchos siglos antes.